

NUEVAS IDEAS PARA CHILE

N°5

03.05.2019



COP25: EL LIDERAZGO EMPIEZA POR CASA

Nicolás Delpin R.
Ingeniero Comercial
Fernando Krauss R.
Ingeniero Civil



COP25: EL LIDERAZGO EMPIEZA POR CASA

Nicolás Delpín R.¹
Fernando Krauss R.²

La Conferencia de las Partes sobre el Cambio Climático (COP25) que se realizará en Chile, siendo una gran oportunidad, aparece rodeada de un halo de incredulidad sobre nuestra real capacidad para liderar los cambios esperados por la comunidad internacional, en la lógica de avanzar en compromisos acordes con la urgencia del momento.

Las dudas de una COP25 airosa no tienen que ver sólo con el desafío logístico de atender más de 190 delegaciones y 20.000 personas de otros países, en el caluroso diciembre de Santiago de Chile. Alude más bien al escaso desarrollo institucional que nuestro país ha mostrado, desde que en el año 1994 entró en vigor la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (CMNUCC). Hasta ahora, nuestro historial de compromisos nacionales contrasta con el eslogan de la COP25 de ser ambiciosos ante la urgencia de los cambios requeridos. Y aunque falta por decir aún, parece difícil liderar a nivel mundial, si no se ha sido capaz de liderar lo interno.

Esta COP25 viene precedida del informe de octubre de 2018 del Panel Intergubernamental para el Cambio Climático (IPCC) que puso urgencia en limitar el aumento de temperatura a un máximo de 1,5 °C en lugar de los 2°C que habían sido acordados por el Acuerdo de París (COP21), que definió, en el 2015, que todos los países miembros comprometerían medidas (contribuciones nacionalmente determinadas, NDC) para limitar el aumento de temperatura media del planeta a un máximo de 2 °C, tomando como referencia la era preindustrial.

Dicho informe señala que limitando el alza de la temperatura a 1,5 °C en lugar de 2 °C muchos impactos podrían evitarse. Señalan, por ejemplo, que en 2100 la elevación del nivel global del mar sería 10 cm inferior con un calentamiento global de 1,5 °C en comparación con uno de 2 °C. La probabilidad de que el océano Ártico quedara libre de hielo en verano sería de una vez cada 100 años, frente a una vez cada 10 años con uno de 2 °C.

Hasta ahora, nuestro historial de compromisos nacionales contrasta con el eslogan de la COP25 de ser ambiciosos ante la urgencia de los cambios requeridos.

¹ Nicolás Delpín Redondo es Ingeniero Comercial de la Universidad Católica de Valparaíso con estudios de MBA en la Universidad de Chile.

² Fernando Krauss Ruz es Ingeniero Civil en Geografía de la Universidad de Santiago de Chile con estudios en Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica.

Entre un 10% a un 30% de los arrecifes de coral podrían sobrevivir con un calentamiento global de 1,5 °C, mientras que desaparecerían por completo con uno de 2 °C.

Para cumplir la meta de mantener bajo 1,5°C la temperatura media, se requiere una disminución al año 2030 del 45% de las emisiones de dióxido de carbono (CO₂) respecto al nivel de 2010. Cuatro décadas después, en 2050, esas emisiones ya no deberían existir.

No hay que ir muy lejos para ver lo que ya está ocurriendo con el aumento actual de 1°C y que seguirá empeorando. Los efectos por el aumento de la temperatura como las olas de calor, derretimiento de los glaciares, aumento del nivel del mar, o el cambio en los patrones de precipitación, ya son posibles de observar en nuestra geografía, la que hace frente a 7 de los 9 criterios de vulnerabilidad climática. Por esto, y en continuidad con lo avanzado en Katowice (COP24), dentro de los principales objetivos de la COP25 se encuentra fijar compromisos concretos de las partes, los nuevos NDC para 2020, que permitirán poner en marcha el Acuerdo de París. Los temas de implementación y, especialmente, de financiamiento, transferencia tecnológica y generación de capacidades deberán estar presentes. La ambición en las metas es el eslogan.

Sin embargo, a la larga esto solo tendrá sentido si se mejoran significativamente las metas de reducción de emisiones de gases de efecto invernadero en todos los países, partiendo por las grandes potencias industriales que concentran la mayor cantidad de emisiones. Un desafío político complejo, si se considera que los EUA se retiró del Acuerdo de París, y que en 2018, las emisiones de CO₂ de países como China, India y el propio EUA aumentaron y aceleraron su ritmo, en vez de disminuir.

Por su parte, Chile se comprometió, a reducir en un 30% sus emisiones de carbono y en un 45% si es que se tenía acceso a cooperación internacional, en ambos casos condicionado a un determinado crecimiento económico. Si bien es un avance ser promotores en la utilización de Energías Renovables No Convencionales y en la electromovilidad, existe reconocimiento por organizaciones internacionales que las políticas de Chile para afrontar el Cambio Climático son altamente insuficientes (Climate Action Tracker, 2018). Además, si bien Chile tiene una baja contribución al calentamiento global, es un país de los más vulnerables, es decir, vamos a sufrir fuertemente su impacto.

Ante este escenario poco auspicioso, es claro que Chile debe tener una postura que exija a las potencias una disminución de las emisiones de CO₂ en el corto y mediano plazo, pero sólo puede hacerlo si la audacia de organizar la COP25 se traspasa también a los propios objetivos de reducción de sus emisiones.



Si bien Chile tiene una baja contribución al calentamiento global, es un país de los más vulnerables, es decir, vamos a sufrir fuertemente su impacto.

Es por esto que bien vale la pena interrogarse hoy sobre lo que propondrá nuestro país en materia de nuevos Compromisos Nacionales Determinados de Chile (NDC), y otras medidas asociadas. ¿Abordaremos la electromovilidad a una escala mayor en nuestras ciudades, de las más contaminadas a nivel mundial? ¿Aplicaremos nuevas tecnologías menos contaminantes para las industrias de extracción de recursos naturales? ¿Cómo se plantearán las nuevas alternativas de generación de Energías

Renovables No Convencionales? ¿Tenemos una propuesta de largo plazo para esto? ¿Cuánto avanzaremos realmente en descarbonización?

En política institucional ¿presentará el Gobierno la Ley de Cambio Climático, de la cual la ciudadanía aún tiene escasas noticias? ¿Qué impulso real daremos a los impuestos verdes? ¿Cuánto más esperaremos para implementar los Planes Regionales de Ordenamiento Territorial? ¿Se dará prioridad a un nuevo Código de Aguas y una legislación que garantice realmente el derecho humano al agua, su uso equitativo y sustentable? ¿Cómo avanzaremos más rápidamente hacia un proceso de adaptación de los territorios? ¿Continuaremos quemando leña en nuestras ciudades?

A lo anterior habría que agregar que no hemos firmado el Acuerdo Regional sobre Acceso a la Información, la Participación Pública y el Acceso a la Justicia en Asuntos Ambientales (Escazú), que hasta hace poco lideramos. Esta señal, esquivada hacia el multilateralismo y la cooperación internacional, resulta a estas alturas una contradicción, ya que no sólo se trata de hacer los cambios, sino que estos puedan hacerse con la mayor participación democrática y protagonismo de la ciudadanía. Se trata de posibilitar un equilibrio justo, entre los costos y beneficios que deberán pagar los distintos actores sociales y económicos, y en el que a los ciudadanos nos corresponderá ser también agentes de cambio de nuestros hábitos.

Estamos en mayo, y el tiempo se acorta. El éxito de la COP25 depende en buena medida de los compromisos que con audacia pueda impulsar para sí mismo nuestro país. El resultado puede alargar la incertidumbre y el desaliento por un año más, o ser un nuevo reimpulso de esperanza civilizatoria. El liderazgo empieza por casa.

